de hombre honrado en el cuerpo de una mujer honrada.

Tal era el asunto de la novela donde Carlos pretendía ofrecer una síntesis social, pintando con vivos colores la *plutocracia* del siglo XIX, y atraer las atenciones del público, no con situaciones trágicas ni sucesos inesperados, terror y emoción material de la intriga, sino con el desarrollo de los caracteres y el drama psicológico de las emociones y las catástrofes morales.

El retiro de Carlos y su absoluto apartamiento de todo contacto social, mientras vivía solamente para su obra, no evitó que llegasen á sus manos algunos periódicos que le maltrataban. Descubrió en aquellos arañazos dolorosos la pluma de Nachette, ó por lo menos una copia de sus palabras. Era el primer castigo que hace sentir el periódico á quien al abandonarlo se queda sin armas. Todos los resentimientos, odios y envidias que sembró á su paso y dormían bajo su pie, salen de la pasividad y del silencio, levantando la voz con ardores de venganza. Pero Carlos, herido apenas, olvidó, preocupado solamente por su obra ¡de tal modo le poseía!

XXI

Baden, Septiembre.

«Una villa sorprendente, admirable, pasmosa; »calles, posadas, gentío; una villa encantada por »la suerte; una villa imposible, construída en el »aire, removida como un saco de lotería, sonora »como feria de Fortuna; donde se anda sobre apo»plegías de dinero y tazas rotas, donde la vida »vuela. En un cuarto de hora un millonario tiene »deudas y un criado coche; el infierno del Dante »templado por la esperanza, una esperanza loca. »Una villa que no es más que una mesa de juego »sobre la cual bailan de noche; una villa donde »no hay hombres ni mujeres, ni humanidad, ¡nada! »no hay más que manos tirando y recogiendo el »dinero. Tampoco hay naturaleza; los árboles no »son más que retazos del tapiz verde y el cielo... »¡no hay cielo! porque nadie levanta la cabeza »para contemplarlo. Una villa de locos donde los »más cuerdos hacen cálculos y números para ven»cer la suerte; una villa en la cual el dinero no es »dinero; no es un valor, una cantidad, un trabajo, »una razón y un buen sentido: es un sueño, un »juguete: capricho, viento, lluvia y azar. Esa villa »es Baden, amigo mío, y en Baden estoy.

»Era... ¿qué día? Creo que anteayer. Tomo

»quinientos francos en *El Escándalo* y vengo aquí.
»Una voz me nombra—«¡Nachette!»—Y se acercó
»Fulano, el famoso vaudivillista; no recuerdo cómo se llama. Encontré á Blaizard, á Minet, á
»todo el mundo.—«¿Juegas?... ¿Traes dinero?»—
»Y me invitaron á beber una botella de Rhín, que
»me hizo flaquear las piernas.—«¿Tu sabes ju-
»gar?»—«Sí; al marro».—Pasa Gaillardin y me
»ofrece dinero. Acabo prestándole un luis.—«¡Jue-
»ga el seis!... Juega el cero... No... Sí... No... ¡El
»nueve!»—Las orejas principian á zumbarme.
»—«¡Al juego!»—«Vamos».—«¿Tienes mucha
»suerte?... Desabróchate el segundo botón del cha-
»leco, es cosa probada».—Veo pasar de lejos á
»Massieu que sin duda recita versos, accionando.
»Entro en la sala, con el aire de un hombre tími-
»do que aborda en la calle á una mujer. Juego al
»rojo cien francos, y gano. Al negro cien francos,
»y pierdo. «¡Rojo!»—me dice Blaizard.—«¡Ne-
»gro!»—me grita Minet.—«¡Azul!»—exclama el
»vaudevillista. Pongo al negro cien francos. Otra
»vez al negro; luego al rojo. Gano seiscientos
»francos. Vuelvo á perderlos Insisto... ¡me des-
»pluman! Juego en dos colores los últimos cien
»francos... ¡Zas! ¡me pelan! «¡No conoces el jue-
»go!»—me dicen.—«Había salido el negro seis
»veces. ¿En qué pensabas?»—«Como tengo billete
»de vuelta me iré».—«¿Y el reloj? ¡Imbécil!»—

»Vendo la joya y tomo cien francos. Otra vez á
»jugar. Observo los números que salen. ¡Zas! Los
»cien francos al nueve. ¡Arruinado! Mis piernas
»flaquean; salgo á la calle. Me detienen.—«¡Eh!
»Caballero, es usted!»—«¡No!»—«¡Sigue usted
»ganando!»—Creí que perdía y ganaba. ¡Un mon-
»tón de oro! Había pasado una vez, dos, tres, cua-
»tro veces. «¿Y ahora?»—preguntó el banquero.
»—«Nada»—respondí recogiendo más de tres mil
»francos. Salgo del juego y á poco más aplasto un
»coche. Veo gente desconocida. Tomo un cuarto
»bajo en un Hotel, y convido á comer á los que
»pasan frente á mi balcón. Gran comida. Bebemos
»y brindamos por todo, hasta por la propiedad li-
»teraria internacional ¿qué sé yo? Cojo mil francos
»y vuelvo al juego; allí se reproducen; gano sete-
»cientos más. Estoy molido. Duermo como una
»estaca. ¡Qué sueños! Lo gano todo, todo es mío.
»Benazet, desesperado, se traga un rastrillo. Yo
»le señalo una pensión vitalicia. Los jugadores
»de oficio buscan destinos; á uno le nombran bi-
»bliotecario del Crédito Financiero y el más ho-
»rrible hace de Amor en las apoteosis de los Bu-
»fos. Hago arrasar la villa de Baden y siembro
»fichas de dominó. Visto á Blaizard con brocado
»de oro. Nombro amigo mío á Minet con quinien-
»tos francos mensuales. Fundo una Revista polí-
»glota para combatir las novelas de folletín. Tapi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

»zo mi despacho con cachemira. Compro una ca»ja de hierro para guardar una mujer honrada ó »una bancarrota fraudulenta. Tengo caballos de »plata maciza con resorte y lacayos de perlas »finas. Montbaillard entra en mi sueño; al verme »calvo, como César, ciñendo mi cabeza una coro»na de laurel, con un billete de mil francos en ca»da hoja, me decía con voz terrible: «¡Quiero tu »cabellera!» y se lanzaba sobre mi corona; reñía»mos y... yo daba un puñetazo al vaudevillista cé»lebre, que me despertaba:—«¿Quieres hacer un »vaudeville conmigo?»—«No tengo tiempo: hago »fortuna».—Me desayuno. Doy una chupada á un »cigarro ¡y al juego! Pongo al siete, pongo al nue»ve, pongo al once, pongo al cero... Desaparecen »de mis manos dos billetes de mil. Salgo. Leo los »carteles y los rótulos de las tiendas, maquinal»mente, sin fijarme. Tropiezo con Roland. Lleva »una leontina y un abrigo nuevo. Me parece que »llueve. ¡A jugar otra vez! ¡Arriba! Minet, es trico»lor. Ha pasado tres veces y me dice:—«¡La ban»ca pierde! ¡Apuntar firme!»—Pongo quinientos »francos. Gano. Quinientos más. Pierdo. Pongo lo »restante de cien en cien. Me aguanto veinte mi»nutos con suerte varia y al fin me quedo rapado. »Salgo en busca de un amigo. ¡Nadie! Me dicen »en el Hotel que Blaizard salió en coche con dos »señoras vestidas de terciopelo. Encuentro al vau»devillista en un rincón.—«¡Cien francos, y cola»boro!»—«¡Cien francos y admito!»—«¡Ni un cén»mo!»—«¡Ni un céntimo!»—«¡Ni un céntimo!»— »dice también Minet, que se acerca. El eco me »asusta. Voy á la casa donde vendí el reloj.— »«¿Veinte francos?»—«¡Imposible!»—«¡Tengo una »familia!»—«Yo también»—«Pero, Cristóbal Co»lón, hallándose como yo, sin dinero, expuso una »idea y le dieron un barco para descubrir el Nue»vo Mundo». El comerciante abre mucho los ojos »y poquito la boca; pero me da veinte francos. En »diez minutos, gano quinientos, gano mil, gano »tres mil; y vuelvo á trescientos ochenta. Me ofus»co de pronto... Voy á la peluquería y digo que »me afeiten. Mientras me sirven, contemplo una »pecera, donde un pez rojo come obleas tranqui»lamente, con serenidad propia de un pez rojo, »volviéndose y revolviéndose, tropezando con la »cola una muñeca de porcelana pendiente de un »hilo, que oscila y se conmueve á cada golpe; la »muñeca me parece un alma piadosa padeciendo »los embates de la mala fortuna! Cuando me des»pachan, salgo, y veo un almacén de pájaros de la »Selva Negra. Compro cinco. En el Hotel pido la »cuenta. Doy tres francos á un pobre que me pide »limosna. Vuelvo á jugar. Roland ya no tiene »abrigo nuevo ni leontina. Uno gana treinta mil »francos. Otro diez mil. Hago cinco puestas. No

»salen más que números imbéciles. Otra vez al »Hotel. Me presentan la cuenta que pedí al salir. »La doblo y entrando en el comedor, la dejo de»bajo de mi plato. Salgo. Ni Minet, ni Roland, ni »Blaizard, ni el vaudevillista... ni un cigarro, ni un »conocido! Vuelvo al Hotel y pregunto al mozo »que me sirve:—«Amigo mío: ¿eres cristiano?»— »«Sí señor.»—«Pues... dame dos francos.»—Al »fin puedo tomar café y fumar un cigarro. Vuelvo »al Hotel. Repaso la cuenta. Son trescientos fran»cos. ¿Tú los tienes? Porque si tu no me los envías »habré de quedarme aquí hasta que los tenga yo. »Mejor será que los tengas tú. Gracias anticipa»das en caso de que puedas, y si no, perdona. Tu »amigo,»

«NACHETTE».

Carlos contestó:

«Me alegro, querido Nachette de poder servirte »ahora. Pero, como acaso pensarías, si otra vez »me necesitaras y te sirviera, que abrigo inten»ciones, dándote motivos de agradecimiento, de »amansar tu ingeniosa crítica, pondremos punto á »nuestra intimidad, sustituyéndola por un trato in»diferente de los que se pagan con un saludo».

XXII

—¡Ola! ¡Eres tú! ¡Couturat!

—Sí, yo soy. He atrropellado á tu portero para violar tu domicilio. A propósito: ¿Es cierto que vives maritalmente con una obra que preparas? ¡Todos mis amigos acaban formalizándose!... Para mí, esto es desconsolador... desconsolador... desconsolador—repetía Couturat canturreando.—Al pasar tanto tiempo sin verte, creí que habrías entrado en un convento ó en la diplomacia... y pasando frente á tu puerta, se me ha ocurrido subir á verte... Está bien tu casa... muy bien... Se conoce que no hay mujer; no huele á mujer, pero está bien. ¡Este cazurro! Yo dije siempre: Desconfiad de Demailly, es un ambicioso... quiere escribir en la *Revista de Dos Mundos*. Y ¿cómo te va?

—Trabajo.

—¡Trabajar es orar! una *romanza* lo dice... ¡Muy bien arreglado todo!—dijo Couturat cogiendo una pipa de ámbar y espuma, de un cuadro de madera tallada, preciosa fantasía de ornamentación alemana, cuyo dibujo elegante representaba unas hojas de tabaco.—Se me rompen todas las pipas, ya no tengo ninguna. ¿Y te sale? ¿Adelantas? ¿Qué haces? Algún primor, alguna obra maestra, de seguro—y para realzar más la ironía, prosiguió—¿Leiste lo de Nachette?

—¿Qué?

—¡Bah! Un artículo hablando mal de tí: unos alfilerazos... Ya sabes. Deberías contestar.

—Si perdiera el tiempo en esas cosas, no escribiría.

—Ya lo sabes, hay que defenderse de la primera dentellada, si no luego, todo el mundo se atreve. Por eso te lo aviso.

—Gracias.

—¿Qué son esos dibujos rojos?

—Dibujos ingleses.

—¿Cuestan mucho?

—Doscientos francos.

—¡Doscientos francos! ¡Lástima!... Está bien que hagas libros... yo admiro tu vocación y me parece plausible... Pero, haces mal dejando el periódico, porque... Ya ves como empiezan. Si continuases dando artículos al periódico, no te molestaran, ó lo harían con más finura. Siempre se tienen más atenciones al que dispone de un periódico. Pero, á un hombre como tú, que vive aislado, en su rincón, un periodista metido en un queso... ¡Bah! Es un arma terrible un periódico. Yo no lo dejaré nunca. Soy amigo de todo el mundo. Pues, en cuanto me faltara *El Escándalo*, ¡ya verías! Todos á devorarme... Nachette el primero me pincharía como á tí.

—O como tu mismo sin duda me has pinchado.

—¡Guasón! ¿Te burlas de tus camaradas? ¡Ríete de mí! Cierto, palabra de honor. Algo he dicho, algo que podía molestarte... No mucho, y lo dije solo para ver si te arrancaba de aquí, para que dejases tu libro y volvieses al periódico... ¡Ah! ¿Qué significa...? Un juguete caprichoso...

Diciendo esto, Couturat miraba un reloj cuya esfera estaba sostenida por una multitud de amorcillos, con trajes de todas las épocas, una preciosa porcelana de Sajonia. Couturat, contemplando aquel objeto de arte, meditaba. Un capitalista se le ofrecía para su diario; el diario en que soñaba y cuyo plan tenía detallado, era su ambición. Libre de pasiones literarias, libre de celos y envidias, Couturat había juzgado friamente á Demailly, había estimado el valor de sus artículos; demasiado serios para el periódico de Montbaillard, y demasiado vivos para los periódicos doctrinales, eran un hallazgo, una feliz adquisición para el nuevo periódico ideado por Couturat, que debería ser un gran periódico, viviendo con el interés de los periódicos satíricos. Por eso, Conturat, en *El Escándalo*, había procurado en lo posible desvirtuar los éxitos de Carlos, desanimando á Montbaillard, despreciando hábilmente al hombre que le convenía, y por todos los medios á su alcance se lo reservaba. Couturat conocía también las ambiciones literarias de Demailly; por esto, estaba

seguro de una colaboración en la que su amigo emplearía todo su esfuerzo y su trabajo, seguro de obtener siempre artículos cuidados y primorosos, hechos á conciencia como los de un principiante. Conturat veía en Carlos un hombre indispensable, muy útil y poco exigente; admitiría excusas cuando se retrasara el dinero, y sería fácil enternecerle confesándole falsas miserias de la caja; Demailly era un hombre de mundo, con el cual pensaba Couturat valerse de todas las mañas, inútiles cuando hay que servirse de un hombre que necesita su dinero para comer al día.

—Veamos, Couturat—dijo Carlos antes de que su amigo encontrara la ocasión propicia para entrar en materia—tú no has venido solo para decirme que me habías maltratado. Este placer amistoso no es causa bastante para justificar tu visita; es un placer de amigo íntimo, y tú vienes por primera vez á mi casa.. Tú pretendes algo de mí. ¿Qué pretendes?

—¡Caramba! ¡No es posible disimular contigo ni engañarte! Pues bien, vayamos al asunto sin rodeos. He aquí la cosa: Yo tengo quien proporcione doscientos mil francos para un diario, un gran diario satírico y noticiero, que sería, comparado con el periódico de Montbaillard, lo que el Chimborazo junto al cerrillo de Montmartre.

—No hagas el prospecto.

—No le haré. Yo dirigiría el diario. Ya me conoces; no soy tacaño; entre nosotros no habría dificultades. ¿Te convendría ser redactor-jefe?

—Te lo agradezco mucho.

—Vaya; no me rechaces; mira lo que te ofrezco. Es un brillante negocio. Hay doscientos mil francos para sostenerlo. Doscientos mil francos de capital efectivo; no es mentira. Yo te firmaré un compromiso por un año. Ya lo ves. Una posición lucida. Volveré mañana. ¿Eh?

Couturat cogió el sombrero para marcharse.

—Vuelve si quieres. Pero...

—Pero, ¿qué? —dijo Couturat desde la puerta.

—Que hablaremos de otra cosa mañana, si te da lo mismo.

Couturat avanzó tirando el sombrero y se detuvo frente á Demailly, con las manos metidas en los bolsillos.

—Amigo, hay escritores de más fama, que saltarían de gozo, si yo les hiciera semejante ofrecimiento. No he pensado en tí por amistad solamente; á nuestros años no se dicen esas cosas porque no se creen. No; pero sabes que yo no disimulo, que hablo cara á cara y sin rodeos. A mi juicio, escribes intensa y vigorosamente; hay en tus artículos *algo* que impresiona y seduce: ideas... y ni en la calle ni en *El Escándalo* abundan las ideas: juventud, ingenio robusto, sin bur-

las torpes. Sólo contigo me atrevo á lanzar mi diario. No me bastan demoledores como Nachette. ¿Comprendes? Necesito un hombre como tú.

—Couturat, veo con pena que perteneces á una mala escuela histórica; no hay hombres necesarios; no hay más que hombres útiles.

Couturat volvió á coger el sombrero.

—Antes de seis meses se te abrirían las puertas del teatro y te solicitarían los editores y los grandes periódicos. Veinte artículos que llegaran al público te bastarían para conseguir nombre. Ser conocido no es obstáculo para ser famoso. Tendrías pases en los ferrocarriles, amigos en todos partes, acciones con prima y... muchas otras conveniencias. Haces gazmoñerías, no piensas como los demás. ¡Bueno! Tu lo pierdes. Te creía más avisado.

—Te agradezco sinceramente lo que de mí piensas y el porvenir que me ofreces. Si lo rechazo, es porque intento algo así como una obra; y, además, acaso es un prejuicio, pero me parece que los hombres de verdadero ingenio pasan por el periodismo, pero no se quedan estancados en él; un periódico sirve como aprendizaje, como ejercicio.

—¿Es tu resolución decidida?

Carlos hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Voy á buscar á Gaillardin—murmuró Couturat procurando con este nombre mover los celos de Carlos, pero no lo consiguió.

—Aceptará seguramente.

—¿Me guardarás el secreto?

—No temas, y hasta la vista.

—Sin rencor. No importa; yo sé que has de arrepentirte, que ha de costarte diez años avanzar lo que avanzarías con diez artículos. Acuérdate.

Couturat bajó la escalera canturreando entre dientes para distraer su disgusto. Se prometía lanzar á Nachette contra Carlos, hacer que le molestara sin compasión, esperando que un día los pinchazos le harían salir de aquella calma y de aquella tranquilidad afectadas. Adivinaba, pre viendo la divertida comedia, el bonito negocio á que daría ocasión la cólera de Carlos, arremetiendo furioso desde su diario contra Nachette y contra todo el mundo, con la fuerza cómica y la frase punzante de un libelo personal.

XXIII

Carlos había encontrado editor para su libro y gozó leyendo las primeras pruebas; después le fatigaron las otras y al fin le impacientaban las últimas. Su libro apareció en los escaparates mostrando su cubierta pajiza; algunas libreros le hacían el honor de ponerle un cartelito que sólo le

ponen á los autores famosos y á los libros de porvenir: ACABA DE PUBLICARSE.

Sonreía Carlos viendo los escaparates que le parecían contener algo de sí mismo. Estaba complacido, alegre, satisfecho de todo el mundo, cuando una noche, después de haber comido tranquilamente como un hombre feliz, se le ocurrió ir á conocer la opinión de sus compañeros al café Riche.

. . . . . .

Nachette estaba solo sentado en el diván rojo, con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza levantada, contemplando las pinturas del techo. De vez en cuando se revolvía, mirando de través á los que iban llegando; sacaba el reloj y chupaba el puro que no ardía bien.

Perrache entró.

—¡Ah! Vienes muy tarde. ¿Cómo diablo vienes? Has pasado mala noche. Blaizard dice que le resultas muy estúpido. Pero, ¿qué traes en el ojo izquierdo?

—Será un hongo—dijo Perrache, acostumbrado á las maneras de Nachette, sin enfadarse y casi risueño, á pesar de los apóstrofes.

—¡Un hongo! Te han engañado. Es un... ¡Bah! No sé como se llama, pero sé como se cura; verás; te vuelven el párpado, te lo abren, te arrancan eso con unas pinzas, te queman con la piedra

infernal, te lavan con sal y vinagre. Todo esto no da mucho gusto, pero es preciso hacerlo y quedar tranquilo mientras no se reproduce. Lo malo es que siempre se reproduce. ¿Juguemos? Vas á robarme como ayer noche. ¡Hola! Florissac.

Y Nachette se acercó á la ventana del café abierta sobre la calle Lepeletier.

—¿A dónde vas, Florissac? Entra.

—¡Imposible! Voy á complacer á mis conciudadanos..., unos burgueses.

—¿Has acabado ya de remover el dominó?—dijo Nachette acercándose de nuevo á Perrache.—Jugaremos cinco francos. Estoy seguro de que ganarás. Tienes una suerte de idiota.

—¿No tenías butaca para el estreno de esta noche?—se atrevió á decir Perrache.

—Vi los ensayos. No tengo butaca. Voudenet y Laurent me habían ofrecido un asiento en su palco. No tengo butaca, majadero.

—No te disgustes; yo te lo preguntaba... como te pude preguntar...

—Debes casarte, Perrache.

—¿Para qué?—preguntó Perrache siempre tranquilo y sin perder su aplomo con las burlas de Nachette.

—¡Para mí!—dijo Nachette poniendo el seis doble.

Hay al rededor del mundo literario, una turba

de gentes ansiosas de rozarse con escritores; gentes de la Bolsa, del alto comercio, de los ministerios, de todas las profesiones y de todas las clases sociales. Anónimos endiosados con la gloria de algún hombre más ó menos famoso, que les parece algo suyo; humildes y altivos en su misma humildad, llevando como San Cristóbal, sobre los hombros la gloria ó solamente la vanagloria de otro; dispuestos á ser lacayos de una estatua de grande hombre que los tutea, por la vocación de un carácter dulce, complaciente por naturaleza, sin susceptibilidad; estos individuos tienen por el escritor cuya influencia los atrae y subyuga, un apego especial, en algo parecido á la paciencia de la esposa y al sacrificio de la querida. Admiradores convencidos, mártires á veces, las brusquedades, las ironías, las burlas crueles no los hacen renegar de su dios; se juzgan pagados con una palabra en un artículo, un puesto en la intimidad, una silla en el palco; á veces ocurre que su adhesión no interesa á su vanidad y que su culto es un sincero afecto. Pero la sinceridad, la sumisión de estas amistades, rara vez desarman á quien es objeto de ellas. Una vida penosa, en lucha siempre, las continuas comezones y sufrimientos del pundonor, la incesante serie de derrotas ó, por lo menos, decepciones del orgullo, devoradas y ocultas como vergüenzas bajo la afectación de la confianza y la

mentida victoria: mantienen al escritor en un estado de acritud semejante al humor insufrible que tienen por la mañana los enfermos que pasan mala noche. Acorazado por los diarios padecimientos íntimos, que le curten la piel, acaba el escritor perdiendo la sensibilidad, las instintivas ternuras, las delicadezas y los agradecimientos de las almas jóvenes; así, muestra junto á las apasionadas admiraciones de sus humildes amigos, la risa brutal de un veterano ante las amarguras de un bisoño. No porque sea forzosamente malo; pero los agasajos, el deshago, las atenciones y la íntima confianza de las paternidades ordinarias, no son de su oficio ni las conoce su experiencia; es necesario que le ofrezca su amistad el derecho al abuso de un hombre, de una voluntad y de un corazón, que vea en el amigo una servidumbre moral y doméstica. La ironía es la manera de ser social de la literatura; es el temperamento, el tono, la forma; es además un arma ofensiva que hay que esgrimir con frecuencia para no perder la costumbre y hace falta un peto donde clavarla; es una fuerza que se debe conservar y se necesita una cabeza de turco para su ejercicio constante. De ahí la excelencia de algunas amistades incomprensibles, como la de Nachette y Perrache, por ejemplo.

—¡Dios de Dios!—Y Nachette arrojó sus fichas en la mesa.—Ni una vez tengo suerte.

—Ganaste la primera.

—He ganado la primera porque tu jugaste como un animal... ¿Qué dices?

—No digo nada.

—Tienes un silencio estúpido, Perrache... No he visto nadie como tú ¡palabra! que... que... ¡Veamos! ¡La buena!

Llega en este momento un mozo calvo, y larguirucho como un ciprés: «el más jóven de nuestros dramaturgos», como le llaman sus amigos. Llega inquieto, con el abrigo bajo el brazo. Examina la sala, mirando con atención á todas partes; luego pone una mano sobre un hombro de Nachette para saludarle; coge una silla y piensa en sentarse, pero cambia de idea y hace girar la silla sobre un pie. Se pasa la mano por la boca. Sonríe.

Algunos jóvenes elegantes entran en el café acompañando á varias *loretas*, á las cuales ofrecen una taza de té. Las *loretas* conocen á los periodistas que allí se reunen; los jóvenes abren los ojos desmesuradamente y aguzan el oído para coger al vuelo una palabra de Nachette, de Perrache ó del último que llegó, Gremerel, autor dramático.

Gremerel sonríe siempre. Mira una de las mujeres y se la señala después á Nachette.

—¿Eh? ¡Deliciosa!... Deliciosa ¿no es cierto?... Remouville, no ha venido?

Los dos jugadores hacen con la cabeza un movimiento negando.

Gremerel vuelve á coger la silla y se sienta.

—¡Mozo!

—Señor.

Gremerel, sentado, pone un talón en el asiento, de modo que la rodilla le viene á la altura de los ojos.

—¿Qué hay?

El mozo enumera los refrescos.

—¿Chocolate helado?

—No señor, no hay.

Gremerel se levanta, y agarrándose á un botón de la chaqueta del mozo, dice:

—¡Tú has nacido para servir en Mónaco!... Se pide un bifteck en Mónaco: «ya no queda... la corte se lo llevó todo»...

—Señor...

—Escucha con recogimiento... Se pide un pan tierno: ¡Ya no quedan! La corte se los llevó todos».

—Pero, señor...

—Sí, en Mónaco... Yo quise comprar una casa... Me informé de las formalidades... de si había una ley en Mónaco... Me dijeron que sí... Hasta un código hay en Mónaco. Entonces dije: «Pues voy á comprarlo».—«Está en casa del recaudador...» —¡No tienen más que un código manuscrito en

Mónaco... ¿Aquí no hay chocolate helado? ¡Que me vuelvan á Mónaco!

—Señor...

Gremerel vuelve á sentarse. Y á levantarse. Hace ademán de irse. Y vuelve.

—¡Mozo!

—¿Pide algo el señor?

—La *Gaceta de Hamburgo.*

—No la recibimos.

—¡Tampoco eso! Dile á tu amo... ¡Nada! ¡Nos iremos á otra parte, nos iremos todos!

Los dos jugadores hacen con la cabeza un movimiento afirmando.

Gremerel extiende su pañuelo sobre la mesa de mármol y apoya la barba, extiende los brazos y toca un paso doble golpeando con las uñas. De pronto se interrumpe y suspira:

—¡Dios mío! ¿Por qué hiciste á la mujer tan hermosa y al hombre tan débil?—Enmudece y prosigue su repiqueteo.

Eran las once y media. Iban llegando los asiduos. A media noche el diván del fondo, en el cual estaba sólo Nachette una hora antes, se había llenado por completo. Los parroquianos oprimidos, los mozos corriendo para servirles chocolate, cervezas y helados. Se saludaban, se llamaban, hablaban, mientras los mozos servían; un murmullo, un ruído, los primeros disparos de una discusión.

Realistas, fantasistas, críticos, novelistas, periodistas, folletinistas, voudevillistas: había todas las muestras de la gran orden de la pluma; jóvenes, viejos, cabelleras alborotadas, cráneos lustrosos, rubios y morenos, alegres y tristes.

Allí estaban, alineados por azar, los unos junto á los otros, revueltos: el crítico bufo que dibuja fácilmente caricaturas sobre un suelo de arena con el palo de Arlequín; el gran dramaturgo que imita muy bien á Lassagne y muy mal á Shakspeare; el confesor de Bernerette, divertido autor de *Las mil y una noches del monte de piedad;* el periodista sauce llorón, convencido ya de que el sol calienta menos; el filósofo que busca la verdad en el fondo de un vaso; el vaudevillista que cita á Sófocles en griego y á Scribe en francés; y otro y otro y otro, hasta el gran editor, con su florecilla en el hojal, apoyando la barba en el puño de oro de su bastón y oyendo á un principiante que trata de colocar un volumen.

Palabras, frases, conversaciones, ruídos varios de cucharillas, copas, tazas y platillos, confundíanse y formaban una música desacorde, un murmullo animado al que todos contribuían

—¡Cien representaciones!

—Llegará.

—¡Un *vaudeville* de anuncios!

—¿Qué importa?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Los han dispuesto muy bien. Y les valen ocho mil francos antes de alzar el telón.

—¡Literatura!

—¡Oh! ¡Literatura! ¡Una comedia literaria!

—¿No hablemos más que tres á un tiempo?

—¡Literatura!... ¡Guasas!

—¡Mozo! ¡Un 2 de Septiembre para estos caballeros!

—¿Qué significa un volumen amarillo que recibí esta mañana firmado por Demailly? ¿Es el Demailly del periódico de Montbaillard?

—El mismo. Dejó el periódico porque se le acabaron las ideas.

—Córrete un poco, Gremerel. ¿Qué haces?

—Huir de las malas tentaciones—dijo Gremerel sin apartar la barba del mármol.

—¿Quién ha leído eso?

—¿La obra de Carlos Demailly?

Dos ó tres voces gritaron:—¡Yo!

Alguien dijo:

—Yo he comenzado, pero...

—¡Es mucho para él! Su mismo propósito le aplasta.

—Se ha cogido los dedos, ¡pobre infeliz!

—¿Y el estilo?

—Hay de todo... Es una novela político-satírico-romántico-histórico... y no sé qué más.

—¿Intriga?

—Cero.

—Epítetos azules, rojos, verdes, como los perros de caza de Nueva-Caledonia.

—Es aburridísimo...

—No me parece tan mal...

—A mí, con sinceridad, me parece muy bien—dijo una voz sonora y cortante como un cuchillo.

—¡Oh! ¡Tú! Ya te conocemos... Quieres hacer una paradoja...

—¿No sabéis nada los cronistas?

—¿Qué?

—Los apuntes que se hacen en los casinos de París, como en las carreras...

Carlos llegó cuando acababan de enterrar su libro. Todos los que le conocían estuvieron muy amables con él. Algunos intentaban convidarle. Otros le decían que su pantalón era muy elegante y nuevo. Le hablaron del último cuadro que adquirió, de un pariente suyo al cual habían dado algún destino en alguna parte; le hablaron de todo, menos de su libro; de su libro, ni una palabra. Y cuando al cabo de media hora se fué, los apretones de manos de aquellas gentes querían expresarle su benevolencia compasiva, la callada y profunda conmiseración que los amigos muestran por la desgracia ó la torpeza del amigo.

XXIV

Salió Carlos del café Riche, seguro de que su libro sería maltratado por la crítica; no se equivocó.

Hay dos clases de críticos: los inferiores y los superiores á las obras que juzgan. Los primeros alaban ó condenan con arreglo á su capacidad, á sus luces, á sus fuerzas, frecuentemente con arreglo á la inocencia de su conciencia ó á los odios de su envidia. Los segundos, que son más numerosos, hacen de la crítica el género literario que acaso cuenta con la mayoría de los talentos, ligados á un oficio, casi siempre indigno de ellos, á un salario fijo, á una remuneración conveniente, á un jornal literario asegurado con el que se puede llegar á algo positivo; los críticos superiores á la obra que tienen que recomendar ó censurar, no se ocupan, y se comprende, en seguir al autor paso á paso, palabra por palabra, en hacer el mediocre y fastidioso papel de un profesor de retórica al corregir el tema de un alumno. El amor propio de los autores tendrá á bien no perdonarlos: se concibe que estos críticos salten por encima del libro del cual transcriben el título á la cabeza de su artículo, y que hagan sobre este título, sobre este tema, una improvisación y variaciones

personales; esa es su manera de dar cuenta de lo que han leído, pero el público no es bastante necio para oirlos siempre.

Además de la falta eterna de paridad entre el juez y el pensamiento que va á juzgar, la crítica de nuestro país y de nuestro tiempo está herida de un mal especial. No tenemos en Francia las grandes revistas críticas de Inglaterra, órganos considerados é influyentes, ajenos á las pasiones políticas, y que aportan al veredicto literario la imparcialidad absoluta y el alto excepticismo de una crítica puramente literaria, de un público y de un jurado del arte en la idea. Nuestra crítica está reducida á los periódicos; pertenece más ó menos á su color, á sus tendencias, y si no á sus prejuicios, á lo menos á sus principios. Está también condenada diariamente á valorar el espíritu del libro antes que sus méritos. No se la permite, ni admirar en campo ajeno, ni reprobar en el suyo. Que una novela tenga un héroe católico: el crítico del periódico liberal declarará la novela detestable. Que tenga un héroe volteriano: el crítico del diario católico anatematizará la novela, y quizás al autor; y por eso nuestra crítica literaria padece la mayor de las desdichas, la de ser crítica de partido, blanca, roja, azul, según la tribuna desde cuyas alturas habla.

El libro de Carlos tropezó con todo esto. Un

libro llamado *La Burguesía*, tocaba, quizás, sin que apenas se notara, por demasiados puntos con la economía de la sociedad; indicaba vías generales; confesaba tendencias; dejaba para el lector el trabajo de formular demasiado número de proposiciones referentes al orden de un Estado; hería demasiadas pasiones y susceptibilidades, demasiados intereses de toda una clase, para dejar de ser considerada como novela social ó política. Un partido hallaba en ella la apología de sus ideas, incompleta, otro adivinaba el menosprecio de las suyas.

Esa gran cuestión de la Revolución francesa, la raíz de su libro y la cuna del orden que había querido pintar, apasionaba su obra bajo las frialdades de la observación y del análisis. Buscaba sólo la verdad literaria; y sin embargo, era de los que encienden las polémicas de los partidos, sin contentar á ninguno: el libro de Carlos fué poco menos que derrotado en toda la línea. Rojos, blancos, azules, lo lapidaron en común. Fué un coro de ironías, de ataques, de maldades y de cóleras, casi todas muy corteses y algunas que traspasaban los límites de la cortesía. No fué favorecido más que por dos críticos superiores; uno de ellos bosquejó á propósito de su libro una historia de las clases burguesas antes de Jesucristo; el otro aprovechó la ocasión de escribir un delicioso artículo acerca del burgués, considerado en sus relaciones con Daumier.

Deberían ser premiados en las letras los que saben recibir el golpe sin demudarse; hay muy pocos bien templados para tal estoicismo, y los más fuertes, los que en público se ríen y muestran que no sangran sus heridas, habría que ver si en el fondo se les hizo llaga. Los más grandes, los más gloriosos, esos mismos dioses que han entrado vivos en la posteridad, desarmarían quizás la envidia, si mostraran hasta dónde les hiere la pluma de un torpe, de un desconocido, y cómo una gota de tinta sin nombre, arrojada sobre la frente, repercute en el corazón!

Para una naturaleza impresionable como la de Carlos, el dolor fué vivo. Trató de acallarlo; no pudo. Epítetos malsonantes, de los que no sabía olvidar, quedaban grabados en su memoria y le llegaban maquinalmente hasta los labios. Sorprendíase murmurando á media voz trozos de frases que pensaba haber olvidado.

Sentía en sí un vacío doloroso, una indiferencia inmensa, un disgusto y á la vez una necesidad de acción. Ciertos artículos, leídos antes de comer, le oprimían el epigastrio y le quitaban el apetito, como la noticia de una gran desgracia.

Con la boca amarga y seca, se abandonaba á uno de esos embotamientos que dan los trastor-

nos del organismo, de los que no se tiene conciencia, y que preceden en todas las grandes contrariedades morales, al paso de la bilis á la sangre. Quedaba en su rincón, teniendo miedo á presentarse, miedo á las murmuraciones de sus amigos, avergonzándose de que vieran en él tal debilidad de constitución.

XXV

Una noche, acosado por una de esas tristezas que impulsan á vagar, abandonando su voluntad á su instinto, y su dirección á la casualidad, Carlos se volvió á encontrar en los mismos bulevares en donde algunos meses antes había concebido y pensado su libro. Aquellas grandes tapias grises, las casas sucias, los cafés obscuros, los árboles raquíticos, llevaban el pensamiento á uno de esos hermosos dominios del recuerdo, en donde el paso se detiene ante un grupo de tilos. De allá brotó el primer amor, en el sendero pedregoso, lleno de cigarras y de zarzamoras; lejana y querida patria chica de la primera idea y del primer verso falso, en el rincón sombrío, en la pradera en donde se leyó la primera novela inmoral. Así sonreían á Carlos esos miserables bulevares. Su libro había nacido y crecido sobre aquel fangoso suelo. Y mientras caminaba, recordaba sus es-

fuerzos y sus triunfos; junto al ángulo de la tapia había encontrado una situación; delante de una taberna había hallado un tipo, paseándose infinidad de veces á lo largo de aquella casa grande y negra, había concluído por encontrar el desenlace.

Andaba entre tinieblas, de trecho en trecho desgarradas por el resplandor rojo de un farol, y veía desfilar ante él, como en una pesadilla, los personajes de su novela, que aparecían á derecha é izquierda, en la sombra, en las puertas, en el suelo, é iba emocionado con el recuerdo del pasado, cuando de un hotelito, en el cual no había luz, una voz le llamó por su nombre.

—Dispense—dijeron de arriba;—no tengo ni mi levita ni mis cruces... Permítame usted, á pesar de esto, que le felicite: estoy leyéndole á usted, ó mejor dicho, estaba, porque la vela se ha acabado.

Carlos divisó entonces en el hueco negro de una ventana abierta, la blancura de una camisa y de un gorro de dormir.

—Gracias;—siguió diciendo la voz—me ha proporcionado usted unas horas agradables y hasta un poco de fiebre.

—¡Ah, es usted Boisroger!... Me han dicho que estaba usted enfermo; ¿cómo sigue?

—No vamos mal, ni mi enfermedad ni yo...